

## **Homilías Domingo Quinto del Tiempo Ordinario**

### **+ Lectura del santo Evangelio según San Lucas**

*En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret; y vio dos barcas que estaban junto a la orilla: los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.*

*Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: - Rema mar adentro y echad las redes para pescar.*

*Simón contestó: - Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos conseguido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes. Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: -Apártate de mí, Señor, que soy un pecador. Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.*

*Jesús dijo a Simón: - No temas: desde ahora serás pescador de hombres.*

*Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, lo siguieron.*

### **Palabra del Señor**

### **Homilías**

**(A)**

Cuando Dios, en su deseo de seguir haciéndose presente entre nosotros, nos dice como a Isaías: ¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?... ¿Cuál es nuestra respuesta?

La experiencia de cualquier sacerdote o la de cualquier cristiano, es que si no ponemos obstáculos a Dios y le dejamos actuar en nosotros, Él es capaz de realizar maravillas...

En el terreno sacramental eso es evidente: ¿qué son mis manos para perdonar los pecados, o mi palabra para convertir un trozo de pan en el Cuerpo de Cristo? Alguien “funciona” dentro de mí para que eso “suceda”...

Pero lo mismo ocurre en otros terrenos misteriosos: ¿qué cristiano no ha sembrado esperanzas en días en que la creía perdida? ¿Cuántas veces hemos dado alegría a alguien y nos hemos alejado pensando que éramos nosotros quienes más la necesitábamos?

A veces te ocurren cosas misteriosas. Un día se acerca alguien a ti y te dice que desde hace 20 años se alimenta de una frase que tú dijiste una vez. Tu te preguntas de qué frase se trata. Y cuando te la dicen, tú jurarías que esa idea jamás pasó por tu cabeza, que la dijiste casualmente. Y mira por donde la flecha fue derecha al blanco que la necesitaba.

Cualquier sacerdote sabe que tal vez ha preparado una charla o una homilía con todo cuidado y que, de pronto, según está hablando, le sube a los labios una frase en la que ni había pensado. Y luego resulta que es precisamente la que alguien de los oyentes estaba necesitando.

A mí me ha ocurrido lo de venir alguien a darme las gracias por algún artículo o algunas palabras que le ayudaron a resolver en su casa algún problema. Y yo ni acordarme. ¿Tengo un ángel custodio que escribe o habla por mí?

Nuestro problema está, entonces en ser buenos transmisores, volvernos transparentes, para que pueda verse detrás de nosotros al Dios escondido que llevamos dentro. Y luego repartir sin tacañerías lo poquito que tenemos –esa pizca de fe, esa

esquirla de esperanza, esos gramos de alegría-, sabiendo que no faltará quien venga a multiplicarlo como el pan del milagro.

Todos debemos salir a pescar, a predicar el Evangelio de Jesús con nuestras palabras y con nuestra vida, en nuestras familias, con nuestros hijos, nietos, padres o hermanos...; en nuestro pueblo: con nuestros amigos, vecinos, conocidos..., en nuestros lugares de trabajo o de estudio: con nuestros compañeros; en nuestros lugares de diversión... hacer realidad los valores del Evangelio: el perdón, el amor, la comprensión, la generosidad, la solidaridad...

Esta labor de ser mensajeros del Evangelio de Jesús no la hacemos los cristianos en el templo, sino en la VIDA... donde vivimos y con quienes vivimos; compartiendo sus alegrías y sus penas, sus gozos y sus problemas, sus éxitos y sus fracasos.

Donde las personas trabajamos, luchamos, sufrimos y disfrutamos es donde tenemos que hacer presente el Evangelio de Jesús...

Ahí es donde tenemos que demostrar que el evangelio nos puede dar luz que nos ayude a todos a ser más felices. Ahí es donde los cristianos debemos ser responsables de anunciar a los demás nuestra fe.

Cuando Dios nos diga como a Isaías: “¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?” Isaías contesta a Dios diciendo: “Aquí estoy, mándame a mí”.

Así es como los cristianos nos hemos ido metiendo en multitud de tareas y preocupaciones. Si pudiéramos investigar en lo profundo de tantas vidas de cristianos que han trabajado y se han desvivido en tareas de catequesis, o visitando enfermos o atendiendo a los pobres, o desviviéndose por defender a los más destrozados de este mundo...; quizá descubriríamos que un día Dios, desde muy cerca, les habló diciendo: ¿Quién irá por mí?... Y ellos contestaron: Aquí estoy, Señor. Mándame a mí.

Eso es lo que tendría que suceder en cada Eucaristía, después de saborear este encuentro con el Señor, aquí... Debiéramos decirle

a Dios al terminar la celebración: Aquí estoy, Señor. Mándame a mí... a seguir anunciando tu Evangelio a lo largo de toda la semana.

Sería hermoso que cada eucaristía nuestra, fuera ese momento de encuentro sabroso con el Señor que nos cambia por dentro y que nos pone en marcha para hacer nuestro mundo un poco más humano y más fraterno, según los planes de Dios.

## (B)

El relato del Evangelio de hoy, nos ha presentado a Jesús predicando a orillas del Genesaret, y realizando el signo de la pesca milagrosa.

Jesús se manifiesta con la palabra y con la vida. Habla y predica. Pero, además, con sus signos asombra a todos, de forma especial a sus seguidores: a sus discípulos más cercanos.

Pedro, el más espontáneo de todos, se asombra ante la pesca, y descubre que él no es nada, descubre su pecado, al ver la santidad y el poder de Jesús.

Su reacción es comprensible. Le dice a Jesús: “Apártate de mí, Señor, que soy un pecador”.

Pero esta reacción es, en parte, equivocada. Porque Jesús no se acerca a las personas para asustarlas o para que nos apartemos de él. Sino que se acerca, para que reconozcamos nuestros fallos, como Pedro. Se acerca para perdonarnos y darnos un nuevo impulso de vida para seguir adelante junto con Él.

Por eso Jesús, le dice a Pedro: “No temas”... Y le invita a seguirle y a confiar en él: “De ahora en adelante serás pescador de hombres”. Es decir, quiero que seas mi colaborador, que me acompañes en la tarea de llevar adelante el Evangelio.

También nosotros somos cristianos, seguidores de Jesús. Y a todos nos dice lo mismo que a Pedro.

Todos debemos salir a pescar, a predicar el Evangelio de Jesús con nuestras palabras y con nuestra vida, en nuestras familias,

con nuestros hijos, nietos, padres o hermanos...; en nuestro pueblo: con nuestros amigos, vecinos, conocidos..., en nuestros lugares de trabajo o de estudio: con nuestros compañeros; en nuestros lugares de diversión... hacer realidad los valores del Evangelio: el perdón, el amor, la comprensión, la generosidad, la solidaridad...

Esta labor de ser mensajeros del Evangelio de Jesús no la hacemos los cristianos en el templo, sino en la VIDA... donde vivimos y con quienes vivimos; compartiendo sus alegrías y sus penas, sus gozos y sus problemas, sus éxitos y sus fracasos.

Donde las personas trabajamos, luchamos, sufrimos y disfrutamos es donde tenemos que hacer presente el Evangelio de Jesús...

Ahí es donde tenemos que demostrar que el evangelio nos puede dar luz que nos ayude a todos a ser más felices. Ahí es donde los cristianos debemos ser responsables de anunciar a los demás nuestra fe.

Cuando Dios nos diga como a Isaías: "¿A quién mandaré? ¿Quién irá por mí?" Isaías contesta a Dios diciendo: "Aquí estoy, mándame a mí".

Así es como los cristianos nos hemos ido metiendo en multitud de tareas y preocupaciones. Si pudiéramos investigar en lo profundo de tantas vidas de cristianos que han trabajado y se han desvivido en tareas de catequesis, o visitando enfermos o atendiendo a los pobres, o desviviéndose por defender a los más destrozados de este mundo...; quizá descubriríamos que un día Dios, desde muy cerca, les habló diciendo: ¿Quién irá por mí?... Y ellos contestaron: Aquí estoy, Señor. Mándame a mí.

Eso es lo que tendría que suceder en cada Eucaristía, después de saborear este encuentro con el Señor, aquí. Encuentro que nos cambia por dentro. Debiéramos decirle a Dios al terminar la celebración: Aquí estoy, Señor. Mándame a mí... a seguir anunciando tu Evangelio a lo largo de toda la semana.

Sería hermoso que cada eucaristía nuestra fuera ese momento de encuentro sabroso con el Señor que nos cambia por dentro y

que nos pone en marcha para hacer nuestro mundo un poco más humano y más fraterno, según los planes de Dios.

### (C)

Sería ingenuo pensar que las personas se disfrazan solamente por Carnaval y que las máscaras de los hombres duran sólo estos tres días anteriores a Cuaresma.

Si observamos sinceramente nuestra vida, encontramos, ciertamente, momentos de honradez, franqueza y claridad. Pero, al mismo tiempo, todos sabemos que nuestra vida es, en gran parte, una mentira.

En cierto modo, se puede decir que nos mentimos a nosotros mismos a lo largo de toda la vida. Nos revestimos de máscaras hacia fuera y hacia dentro. Y nos pasamos la vida recortando, falseando o desfigurando las llamadas a la verdad.

Y no se trata de pensar ahora en nuestras mentiras, engaños y simulaciones de todos los días, sino en la gran mentira de nuestra vida en su conjunto. En esa capacidad nuestra de gritar la verdad a grandes voces y exigir siempre a otros grandes cosas, sin escuchar nunca nosotros mismos las llamadas de nuestra propia conciencia.

No es fácil salir de la mentira cuando llevamos años viviendo una relación superficial con nosotros mismos. No es fácil liberarse de la propia cobardía cuando hemos envuelto nuestra vida entera, con sus proyectos, ideales y relaciones, de vaciedad y cobardía.

Pero el gran privilegio del hombre es la insatisfacción. En lo más profundo de su corazón, algo se resiste siempre y le impide descansar satisfecho en la mentira.

Por eso, hay momentos de gracia tanto para el creyente como para el increyente. Momentos en los que una "luz interior" nos ilumina con claridad ineludible y nos descubre que en nuestra vida falta belleza, bondad, veracidad, auténtica amistad, verdadero amor.

Momentos de transparencia que dejan temblando nuestro corazón y nos hacen prorrumpir palabras semejantes a las de Pedro al encontrarse con Jesús: *“Apártate de mí, Señor, que soy pecador”*.

Es entonces cuando hemos de escuchar las palabras de Jesús: *“No temas”*. No hay que temer descubrir a Dios la verdad de nuestra vida, por fea y oscura que sea. Dios es mayor que nuestra conciencia. Creer en Él es *“aceptar ser aceptados a pesar de ser inaceptables”*.

Tal vez, nuestra vida se juega en esos momentos privilegiados de luz y de verdad, cuando somos capaces de verlo todo sin máscaras ni disfraces. Si, entonces, todo nos condena, escuchemos el consejo de S. Agustín: *“Si sientes ganas de escapar de Dios, no trates de esconderte de Él, escóndete en Él”*.

## (D)

Por fin me encuentro con alguien que se reconoce pecador, porque hasta ahora todo el mundo es inocente. Desde que Freud trató de liberarnos de todo sentido de culpabilidad y borró la conciencia y desde que Marx hizo responsables de todos los males a las estructuras, ya nadie se siente pecador y responsable.

¿Que los hijos se hacen “adictos”? La culpa la tienen los padres.

¿Que los matrimonios se disuelven demasiado pronto? La culpa la tiene la cultura actual.

¿Que hay pobres en el mundo? La culpa no es mía sino de los países ricos.

¿Que los niños se mueren de hambre? Me declaro inocente, de eso que responda el Estado.

¿Que la gente miente mucho? Soy inocente. Todos lo hacen.

¿Que la Iglesia anda mal? Ah, de eso que responda el Papa, los Obispos y los curas.

¿Que hay demasiada corrupción? A mí que me registren.

¿Qué el hijo no aprueba los exámenes? La culpa es de los profesores, no de él. El es un encanto de estudiante.

Como veis, ahora lo difícil es encontrar culpables, encontrar pecadores.

Lo más fácil es encontrar inocentes. “Yo no fui” ...

Por eso, me gustas y te admiro, Simón. Tuviste el coraje y la valentía de reconocerte pecador. “Soy un hombre pecador”.

Si fuésemos un poco más sinceros y honestos y responsables, tendríamos conciencia de que, de una manera u otra, todos somos responsables, todos somos culpables.

Por no querer ver y enterarnos.

Por no querer comprometernos.

Por no querer meternos en líos.

Por no vernos en nuestra verdad.

Perder la conciencia y el sentido de responsabilidad puede ser hoy uno de nuestros peores males.

Saber aceptar nuestra responsabilidad es el camino para la renovación de nosotros y del mundo y la sociedad. Donde no hay culpables no hay responsables.

Lo que no me gusta de ti, querido Simón, es lo que luego dices: “apártate de mí”. Por favor, Simón, ¿no te das cuenta de que es precisamente ahora cuando lo necesitas más cerca de ti? Ahora es cuando más necesitas de la mano de Jesús para levantarte.

Ahora es cuando más necesitas de su amor para sanarte.

Ahora es cuando más necesitas de él para sanar tu corazón.

Sentirse pecador es sentirse... más necesitado de Dios.

Porque sólo El es capaz de sacarnos de nuestras miserias y debilidades.

¿Te das cuenta de que Jesús no te llamó cuando te sentías bueno e inocente?

Es precisamente cuando te sientes pecador cuando Jesús te hace



la invitación de tu vida: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres”.

Cuando te sientes pecador, es cuando Dios se cuela por esa rendija en tu corazón y se te mete hasta dentro.

Sentirte pecador no aleja a Dios de tu vida, como cuando el hijo se siente enfermo no aleja a la madre o al padre sino que los acerca más a ti.

Sentirse uno pecador es captar la mirada de Dios sobre nosotros. No olvidemos que fue precisamente cuando “nosotros éramos pecadores cuando Dios decidió enviar a su Hijo al mundo”.

Dios no nos quiere pecadores, eso es claro.

Pero cuando nos reconocemos pecadores ya hemos emprendido el camino de regreso.

Es cuando estamos más necesitados de la gracia. Es cuando mejor comprendemos las debilidades de los demás sin escandalizarnos por ello.

El que se siente pecador, ahí mismo comienza a cambiar y se pone en el camino de ser santo. Porque los santos no son los que nunca han pecado, sino los que siempre ha sabido levantarse.

**P. Juan Jáuregui Castelo**